

CRISIS ECONÓMICA Y CRISIS DE LA
ECONOMÍA MODERNA:
¿HACIA UNA ECONOMÍA POSTMODERNA?

José Luis Martín Navarro

1. INTRODUCCIÓN

El cambio de siglo acaecido hace unos pocos años se produjo en una situación de crecimiento económico generalizado en torno a un nuevo fenómeno del que todo el mundo hablaba, *la globalización*. Esta bonanza era especialmente relevante en el caso de la economía española: el crédito fluía, la producción aumentaba por encima de la media europea, el empleo crecía, se alcanzaban tasas de paro cada vez más reducidas, la renta disponible aumentaba y en términos de *renta per capita*, España alcanzaba y superaba a Italia. También había algunos problemas a los que había que atender tales como un serio desequilibrio en la balanza de pagos, una inflación diferencial y especialmente concentrada en los precios de la vivienda que subían de forma muy significativa. Sin embargo, no parecía que el proceso tuviera un fin cercano, si bien se señalaba por algunos aguafiestas que esta dinámica no era sostenible a largo plazo. Y de pronto, en muy poco tiempo, todo cambió. En pocos meses la economía internacional y también la española se encontró en una situación de grave crisis económica. El estallido de la crisis financiera arrastró a las economías occidentales al principio y acabó afectando a todos los países y lo hizo con especial dureza a la economía española. En esta situación y como consecuencia de los graves efectos económicos y sociales lógicamente surgen algunas preguntas: ¿cómo se produjo este cambio de situación económica tan rápidamente? ¿por qué no se han tomado medidas preventivas? ¿por qué la crisis ha sido más

grave en algunos países, como en el caso de España? En este entorno de crisis, también se han planteado cuestiones de más calado relativas a la ciencia económica: ¿cuál es el papel de la ciencia económica en toda esta situación? ¿hasta qué punto la economía es una ciencia descriptiva de la actividad económica o es también responsable de los acontecimientos acaecidos? Y, en definitiva, ¿no debería repensar su método de trabajo a la vista de los resultados alcanzados? ¿qué clase de ciencia es la economía, cuál es su estatus científico? Estas y otras preguntas de gran calado se han planteado en los últimos años como consecuencia de la crisis económica llegándose a plantear el propio cambio del sistema capitalista que ha provocado una situación como la actual.

En las páginas que siguen trataré de responder algunas de estas preguntas, fundamentalmente a través de una exposición breve de lo ocurrido en la economía española, que puede ser un caso paradigmático de cómo una no tan pequeña economía abierta está afectada por las nuevas situaciones. En la segunda parte del trabajo planteo algunas reflexiones en torno a la situación actual de la economía como ciencia y sobre un posible cambio de paradigma que genere una nueva etapa en su desarrollo histórico, pasando del periodo que podríamos denominar de economía moderna hacia una nueva etapa que podría denominarse de economía postmoderna.

La crisis financiera y económica desatada a partir del verano de 2007 ha alcanzado unas repercusiones tan profundas en términos de renta, producción y empleo, que desde muy pronto se la ha comparado con la mayor crisis económica de la historia: la Gran Depresión o Crisis del 29. En este sentido, para referirse a ella se utilizan expresiones como la Gran Recesión o bien, poniendo énfasis en la nuevas formas de producción mundial, se habla de la primera crisis

de la economía global. Naturalmente, nos falta perspectiva histórica para valorar adecuadamente y con todos los datos relevantes la profundidad y la extensión de la crisis actual. Para ello hará falta disponer de un horizonte temporal adecuado y será el momento de los historiadores. Sin embargo, sí tenemos ya algunos indicadores que señalan desde el principio en este sentido.

La crisis económica actual tiene características propias que la hacen diferenciada de las anteriores. En primer lugar, se trata de una crisis de una magnitud sin precedentes en términos de cantidad de personas, empresas y países implicados, consecuencia del proceso de globalización de la economía que se ha desarrollado de forma exponencial en los últimos años. En segundo lugar, es significativa la rapidez de propagación y contagio tanto entre diversos países del mundo industrializado como a otros menos desarrollados, y lo rápidamente que ha afectado a casi todos los sectores económicos. Se trata de la primera crisis económica en un mundo multipolar superado ya el periodo de la guerra fría y el mundo bipolar. Por ello, emergen con un papel destacado nuevas potencias económicas fuera de Europa y en general de Occidente tales como China, India o Brasil con un empuje arrollador. Estos pocos rasgos ponen de manifiesto los rasgos distintivos de la nueva situación económica mundial y la diferencia con las anteriores.

Como se ha señalado anteriormente, a raíz de la gravedad de la crisis económica se ha puesto en cuestión el propio funcionamiento del sistema económico y también el estatus de la economía como disciplina científica que se ocupa precisamente del análisis del funcionamiento de la actividad económica. El cuestionamiento de la economía se ha realizado desde muy diversos campos no sólo políticos o sociales sino incluso propiamente académicos. El debate sobre la naturaleza

de la economía en tanto como disciplina científica y su método de investigación viene de antiguo, pero quizás se ha reavivado en estos últimos años como consecuencia de la crisis como ya se ha dicho. Este fenómeno no es nuevo y se puede encontrar antecedentes en los años treinta o setenta del siglo XX coincidentes con las crisis económicas de estos mismos años.

El análisis de los orígenes de la crisis actual y de su desarrollo llevaría un estudio de una extensión mucho más amplia del trabajo que aquí pretendemos plantear. Sin embargo, es importante poner de manifiesto desde el principio que la crisis económica es paralela a una crisis en la propia ciencia económica. La consideración de la economía en general y de los economistas en particular ha sufrido una importante erosión en los últimos años entre los ciudadanos, en primer lugar como consecuencia de la incapacidad para predecir la profunda crisis que se avecinaba, y en un segundo lugar como posibles causantes intelectuales últimos de la propia crisis, o al menos como “autores intelectuales” de la cobertura científica de un mecanismo que ha llevado a una severa depresión, a través del desarrollo que ha experimentado la ciencia económica y la manera de actuar de los economistas. En este sentido, es especialmente dura la crítica a la teoría macroeconómica actual que se ha centrado en torno a lo que se ha dado en denominar Nueva Macroeconómica Clásica, la gestión independiente de la política monetaria por parte de los Bancos Centrales con un objetivo básico de control de la inflación y el énfasis en el lado de la oferta para generar crecimiento económico a partir del funcionamiento de los mecanismos de mercado y la expansión de los mercados financieros.

Esta acusación generalizada es injusta, pues se pueden señalar diversos estudios y líneas de pensamiento entre los

economistas contemporáneos que desde hace tiempo habían señalado que el camino que había desarrollado la economía en las últimas décadas conducía inexorablemente al alejamiento progresivo de la realidad de los postulados básicos de la teoría económica.

El desencadenamiento de la crisis económica ha exacerbado el pensamiento crítico sobre la evolución reciente y la situación actual de la ciencia económica y han abierto nuevas líneas de desarrollo, en lo que podría dar lugar a una nueva etapa de la economía que podríamos denominar Economía Postmoderna, no sólo en el sentido de que sigue a la época de Economía Moderna, como señalan Landreth y Colander (2006), sino también en el sentido de que tuviera en consideración aspectos propios de la postmodernidad.

En las páginas siguientes se desarrollarán más detenidamente algunas de las ideas hasta aquí expuestas. Para ello seguiré la siguiente estructura: en primer lugar, señalaré brevemente las características y origen de la crisis económica actual. A continuación se pasará revista a los retos a los que se enfrenta la economía actual y la necesidad de cambiar de paradigma como consecuencia de la nueva situación económica. Posteriormente, plantearé algunas características básicas que constituirían elementos esenciales de una economía postmoderna, para terminar con la exposición de una serie de reflexiones finales.

2. LA CRISIS ECONÓMICA ACTUAL: LA GRAN RECESION

Como es evidente, aún nos falta perspectiva para tener una visión completa de los orígenes, la evolución y los principales efectos de la crisis a corto, medio y largo plazo. En este sentido, una propuesta clásica es la obra de Kindelberger

(1992) sobre la generación y desarrollo de las manías, los pánicos y las crisis financieras. El estudio en profundidad de estos acontecimientos exige disponer de documentos e información suficiente para poder entender lo ocurrido. Aún hoy se escriben textos sobre los orígenes de la crisis del 29, si bien la obra clásica sobre la misma se debe a Galbraith (1954). Podemos considerar que han sido las teorías keynesianas las que han contribuido, en mayor medida, a la comprensión de lo que ocurrió entonces. No obstante, existen otras aportaciones relevantes, especialmente en el campo de la valoración de las actuaciones de las autoridades monetarias norteamericanas, como las de Friedman y Schwartz (1963) en los años sesenta. La reflexión sobre el desenvolvimiento del sistema capitalista y la aparición de crisis económicas recursivas tiene una larga tradición entre algunas escuelas de pensamiento económico, como la de los economistas austriacos entre los que destaca la figura egregia de Joseph A. Schumpeter y sus reflexiones sobre el ciclo de los negocios y los procesos de destrucción creativa.

En los últimos años se han publicado numerosos trabajos con el objetivo de explicar los orígenes y la dinámica de la crisis financiera y económica. Entre ellos podemos señalar los trabajos de algunos economistas españoles como De la Dehesa (2009), Torres y Garzón (2009) o Tugores (2009), extranjeros como Krugman (2009), Skideslsky (2009) o Stiglitz (2010), e incluso de importantes operadores en el mercado financiero como George Soros (2009).

Es evidente que desde los años treinta, en los que se desarrolla la Gran Depresión, la sociedad y la economía se ha hecho mucho más complejas. La sofisticación de los procesos de información y de producción es evidente y la globalización ha contribuido a estrechar lazos sociales y económicos entre los países. Todo ello hace que la propagación de los

acontecimientos económicos se efectúe con mayor rapidez y que afecte prácticamente a todos los habitantes del planeta en poco tiempo. Además, la magnitud de las cifras de recursos, activos financieros, deuda, tanto pública como privada, o empréstitos implicados genera una nueva situación en la que los agentes tradicionales quedan empujados en relación a los tamaños de los mercados financieros. En este sentido, el peso de los estados nacionales y de sus respectivos sectores públicos es ya demasiado pequeño en relación a los flujos financieros que se mueven en los mercados mundiales. Por ello, su margen de maniobra se reduce, pasando ellos mismos a ser amenazados por movimientos especulativos como de hecho ha ocurrido a lo largo de 2010 con países como Islandia, Grecia, Rumania, Portugal o incluso España.

Naturalmente, en la actualidad se dispone de mejores instrumentos de medición económica y un nivel de conocimientos más sofisticados en el ámbito de la teoría económica. Los conocimientos de que se dispone de lo ocurrido en la crisis del 29 han permitido tomar medidas que probablemente han evitado un colapso de la economía como entonces; sin embargo, las recetas y las dosis de los remedios utilizadas provocarán sus propios efectos económicos secundarios, algunos de los cuáles son conocidos, pero otros sólo aparecerán en el futuro más o menos lejano, generando, probablemente, una serie de nuevos problemas económicos y sociales.

El estallido de la burbuja financiera se considera de forma unánime como el punto determinante de la aparición de la crisis económica. La situación financiera en los años anteriores había tenido una evolución compleja pero en general, se consideraba que había sido manejada con gran habilidad por *el maestro* Allan Greenspan al frente de la FED durante un

largo periodo cuya salida coincide con la crisis¹. El estallido de la crisis de las hipotecas basura (*subprimes*) ocurre en el verano de 2007 en EE.UU. A partir de entonces los mercados financieros empiezan a tener convulsiones importantes (como por ejemplo la crisis bursátil de Madrid de enero de 2008 que rompe una tendencia creciente en los valores hasta entonces mantenida y que se repetirá, con mayor incidencia, en otoño de 2008 y 2009). En estos meses, las autoridades monetarias toman decisiones contradictorias: mientras que la FED baja los tipos de intervención en EE.UU. en lo que augura una política monetaria expansiva, el BCE los mantiene e incluso los eleva en mayo de 2008 hasta valores históricos en lo que se podría interpretar como una política monetaria restrictiva. Hasta el verano de 2008, no se produce una reducción paralela y generalizada de tipos y, en definitiva, una coordinación de las políticas monetarias de las áreas monetarias más importantes ante la gravedad de los acontecimientos de ese otoño.

En efecto, tras un año de incertidumbres y volatilidad internacional, a final del verano de 2008 la crisis financiera es evidente y la quiebra de Lehman Brothers ocurrida el 15 de septiembre de 2008 constituye el instante crítico de la crisis del sistema financiero internacional. A partir de entonces se precipitan los acontecimientos. Como hemos señalado, se plantea una actuación coordinada de los Bancos Centrales a través de la reducción de los tipos de interés hasta valores del 0-0,25 en EE.UU. o del 1% en el BCE. Además se lleva a cabo una puesta a disposición de las entidades financieras bancarias de cantidades casi ilimitadas de recursos monetarios

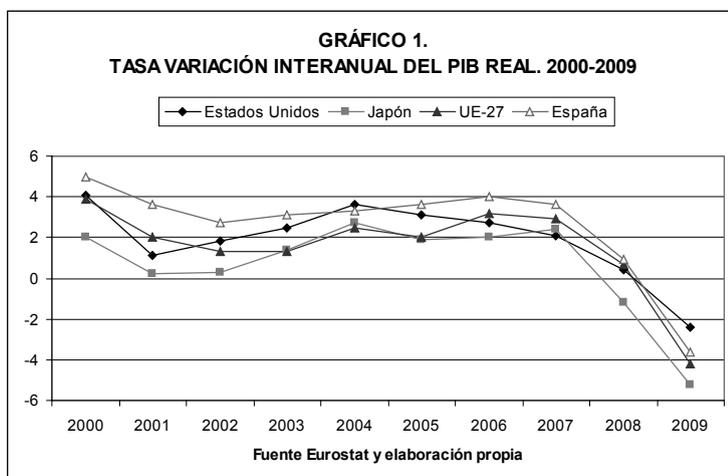
1) La favorable opinión sobre la gestión de Greenspan se verá matizada por el desarrollo de la crisis financiera al señalarse el exceso de liquidez de los años previos como un importante determinante de su evolución. Un análisis de este periodo centrado en la figura de Greenspan se encuentra en Woodward (2001).

para dotarlos de liquidez. También se produce la declaración de muchos gobiernos de que las cantidades depositadas en los bancos están cubiertas en una cuantía muy superior. Estas actuaciones coordinadas tratan de evitar que la crisis de liquidez se convierta en crisis de solvencia (si es que no lo era ya) y que en definitiva el sistema financiero se colapse.

Esta es quizás la gran enseñanza de la crisis del 29 que se aplica en la crisis actual: es necesario evitar que el sistema financiero se desplome. Para ello, se intervienen bancos, se nacionalizan o se pone a disposición de ellos cantidades de liquidez que evitan el colapso, pero que pueden constituir la causa del siguiente problema económico ya que los recursos implicados deben detraerse de otros fines o generar un crecimiento de las necesidades de financiación del sector público. El sistema bancario es intervenido y muchos grandes bancos son soportados por las ayudas públicas en casi todos los países occidentales como EE.UU., Reino Unido, Bélgica, Holanda, Alemania, Italia, Francia, Portugal, etc., incluso en la segura Suiza. El sistema financiero mundial, y el bancario en especial, se mantiene vivo en estos años aunque como se ha dicho a veces, artificialmente (la hipótesis de los llamados bancos *zombies*). Como es lógico, la aplicación de estas recetas no es neutral. Desde hace años, los economistas han estudiado el caso en el que la cobertura de un riesgo determinado, a través de un seguro, por ejemplo, genera cambios en el comportamiento del asegurado haciéndolo más arriesgado. Este fenómeno se conoce en la literatura económica como *riesgo moral* y es aplicado fundamentalmente al estudio de comportamientos individuales pero podría utilizarse para comprender lo ocurrido en el sistema financiero y el respaldo final del sistema financiero por el sector público. Esto, unido a los mecanismos de incentivos a corto plazo, podría explicar

el comportamiento de exceso de riesgo por parte de los bancos ante una coyuntura de amplia liquidez y exceso de confianza.

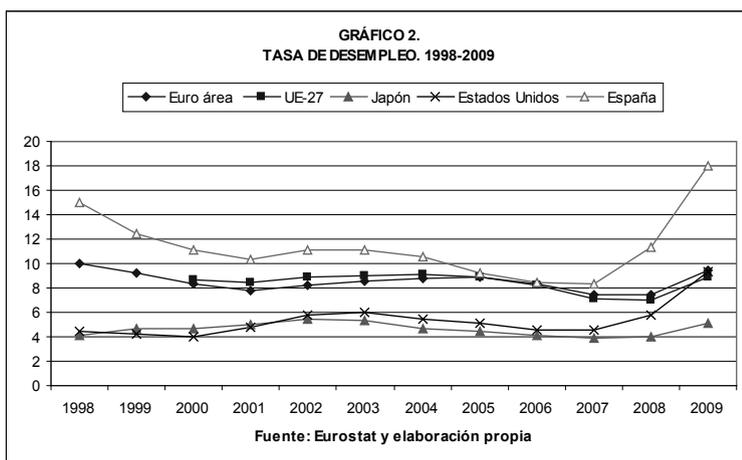
Rápidamente, la crisis financiera pasa a ser una crisis económica. Las tasas de crecimiento del PIB caen a partir de la segunda mitad de 2007 y en el bienio 2008-2009 se alcanzan tasas de variación interanual del PIB de valores negativos. Entramos en recesión. La caída del consumo y de la inversión (imponiéndose las expectativas negativas y el racionamiento del crédito a los bajos costes de financiación), la caída de las exportaciones y, en definitiva, del comercio internacional, provocan una reducción de la actividad económica. La crisis financiera llega a afectar a economías completas, como es el caso de Islandia o el más significativo de Grecia, miembro de la U.E. y de la zona euro. (véase Gráfico 1).



El mecanismo de propagación de la crisis es relativamente simple en términos macroeconómicos. La caída de la demanda final crea dificultades adicionales a las empresas, que ven

reducidos sus ingresos por venta a la vez que se encuentran con problemas de financiación, dada la situación crítica del sistema financiero y las dificultades de pago con las que se encuentran los agentes en una especie de círculo vicioso del tipo “no puedo pagar a mis proveedores porque a mí no me pagan mis clientes”. Como consecuencia de todo ello, se empieza a generar una caída en la actividad económica y se cierran empresas o en un momento se reduce su actividad (un ejemplo paradigmático es lo ocurrido a lo largo de 2008 y 2009 en el importante sector del automóvil).

De este modo, la crisis financiera y luego económica se traduce en crisis de empleo. Las variables laborales empiezan a experimentar un deterioro evidente desde el principio de la crisis y de forma más acelerada a partir de 2008. Se destruye empleo y, por tanto, la tasa de desempleo aumenta de forma sustancial. El efecto laboral es generalizado pero actúa con más incidencia en algunos países como es el caso de España. Las tasas de paro muestran una evolución significativa en el periodo 1998-2009. En general, las tasas de desempleo se situaron en valores relativamente bajos a lo largo del periodo de crecimiento económico 1995-2007. En el caso español el desempleo había mostrado una lenta pero estable tendencia a la convergencia con la media europea que finalmente se alcanza en 2006. Sin embargo, en sólo dos años la tasa de paro española se dispara y pierde todo lo ganado en los últimos doce años (véase Gráfico 2).



El comportamiento de la economía española en la crisis es interesante en lo que podría considerarse como un caso paradigmático de una economía de mediano tamaño en Europa pero pequeña en el nuevo entorno globalizado. Podemos hacer algunas reflexiones a lo ocurrido en el caso español que podrían ser interesantes para comprender los mecanismos de actuación en el nuevo entorno internacional de la crisis.

El crecimiento económico español se ha prolongado desde mitad de los años noventa hasta 2007 en lo que ha constituido trece años de crecimiento a tasa superiores a la media de la U.E. No es éste el lugar para un análisis detallado de lo ocurrido en este periodo, pero sí podemos señalar algunos de sus rasgos más significativos².

2) Para un análisis más pormenorizado se pueden consultar alguno de los numerosos trabajos publicados en estos años como, por ejemplo, los de De la Dehesa (2009), Torres y Garzón (2009) o Tugores (2009).

A grandes rasgos, podemos decir que el crecimiento económico en España se ha llevado a cabo en un contexto favorable derivado de unas condiciones macroeconómicas muy positivas derivadas del desarrollo de un proyecto económico-político común, como ha sido el de la construcción de la Unión Económica y Monetaria y la puesta en circulación de la moneda única europea. Con el objetivo de cumplir los requisitos de Maastricht, en España se llevaron a cabo una serie de ajustes y reformas institucionales esenciales a lo largo de la década de los años noventa tales como privatización de empresas públicas, fusiones bancarias, ley de independencia del Banco de España como paso previo para su incorporación al sistema europeo de Bancos Centrales, desregulación de mercados de bienes y servicios, etc. A estas reformas estructurales habría que añadir además la obtención de cuantiosos recursos financieros procedentes de la UE (Fondos FEDER, de Cohesión, ayudas de la PAC. etc.). Además se llevaron a cabo reformas laborales (como las de 1994 y de 1997), reformas de la Administración Pública (en tendencia hacia la descentralización del Estado, ganando mayor peso político y económico las CC.AA.). Como consecuencia de este proceso y en aras a cumplir *los criterios de Maastricht* se redujo el déficit y la deuda pública, bajaron la inflación y los tipos de interés. En un entorno como éste, y con unas grandes disponibilidades para el crédito, el crecimiento económico se activa y se desarrolla la actividad económica, la producción y el empleo.

Otro rasgo importante de este periodo es que como consecuencia de este marco macroeconómico de estabilización las empresas españolas se internacionalizaron, aumentando su presencia en el extranjero en sectores como el financiero, los transportes, las telecomunicaciones, el turismo o la construcción.

Como consecuencia de todo ello creció el empleo (con un importante peso de la contratación temporal) y se redujo la tasa de paro. España empezó a ser destino de un creciente flujo inmigratorio que dio lugar a que unos cinco millones de extranjeros vinieran a nuestro país, lo que hizo que la población española pasara de 39 a 46 millones de personas en una década. Este fenómeno constituye un verdadero hito en nuestra historia reciente pues España pasa en dos generaciones de ser país de emigrantes a país de inmigración.

Naturalmente, no todo han sido luces en este periodo de crecimiento sostenido. El consumo familiar creció auspiciado por un entorno de crecimiento debido a los bajos tipos de interés, que llegaron a ser negativos en términos reales, por ser la inflación todavía más elevada que en los países de nuestro entorno. Se consumía más que se producía y por ello la Balanza de Pagos tuvo un saldo negativo, lo que ponía en evidencia la pérdida de competitividad que experimentaba la economía española. Este factor constituye uno de los principales problemas a los que se enfrentaría la economía española cuando pretendiera salir del periodo siguiente de crisis. Además, el sector de la construcción experimentó un crecimiento extraordinario, en especial en el campo de la construcción de viviendas. El crecimiento del stock de viviendas se justificó sobre la base de tres demandas: la llegada de inmigrantes que necesitaban viviendas; la demanda de segunda vivienda de nacionales y, sobre todo, extranjeros (alemanes y especialmente ingleses beneficiados por la fuerte apreciación de la libra esterlina) y la demanda de vivienda por nacionales dispuestos a cambiar la actual por una mejor y aprovechar las oportunidades de revalorización de su vivienda actual derivadas del proceso de subida de precios. A ello hay que añadir la tradicional cultura inmobiliaria española, basada

en la idea de que la inversión en ladrillo es lo único rentable a largo plazo, lo que ha propiciado un mercado de viviendas basado en la propiedad y no en el alquiler. Esta característica ha contribuido a una reducida movilidad geográfica de la población española desde los años setenta.

Los ingredientes básicos para que se formara una burbuja inmobiliaria ya estaban combinándose. La bajada de tipos de interés, derivada de la convergencia nominal hacia la nueva moneda europea, y que llegaron a ser negativos en términos reales, unida a la disponibilidad amplia de liquidez por parte del sistema financiero se tradujo en subida sostenida y creciente de los precios de la vivienda a lo largo del último lustro del siglo XX y primero del XXI. La dinámica de subida de precios propició un relajamiento de las condiciones de los préstamos hipotecarios en cierto modo compensado por la implícita garantía del valor creciente de la vivienda. La subida de precios se amortiguó por la extensión de los plazos de devolución de los créditos inmobiliarios. El sector inmobiliario fue acaparando recursos financieros no sólo a la compra sino a la construcción, quedando muchas instituciones, bancos y cajas de ahorros muy comprometidos en este tipo de créditos. La excesiva exposición a este sector, fuentes de grandes plusvalías a corto plazo, sería uno de los problemas más importantes a los que se enfrentaría el sistema financiero cuando estalló la burbuja.

El crecimiento continuo de los precios de la vivienda generaba una serie de amplios efectos que se difundían por todo el sistema económico español. Generaba un *efecto riqueza* en los propietarios de vivienda antigua cuyo valor aumentaba y que los impulsaba al consumo. Parecían excelentes oportunidades de inversión especulativa en nuevas viviendas. Crecía el sector y, por tanto, las empresas y el empleo, y dada

su enorme importancia como locomotora tiraba de muchas otras industrias derivadas. Se generaba empleo de no muy alta cualificación y que coyunturalmente estaba muy bien pagado con respecto a otros empleos, dado el tirón de la demanda. Potenciaba la financiación de la Administración Local a través de planes urbanísticos, recalificaciones de terrenos y ordenación del territorio especialmente en las zonas costeras y en municipios cercanos a grandes centros urbanos. Se generaban importantes ingresos tributarios para la Hacienda Pública. A partir de la actividad económica se ingresa directamente por IVA, transmisiones, e indirectamente a través de las cotizaciones e IRPF de los empleos generados; mejoraba las arcas de la Seguridad Social, como consecuencia de la creación de empleo y el aumento del número de cotizantes activos. Como se ha señalado, se generaban oportunidades de negocio para los bancos con poco riesgo (garantía hipotecaria en un sector en el que, de todas formas, la revalorización del activo permitía que en caso de fallido, el crédito estuviera asegurado). Un último efecto fue el de la generación de una bolsa potencial de fraude y corrupción.

El excesivo peso del sector de la construcción lastró el sistema económico español en estos años. El empleo se concentró en este sector atrayendo empleo de otros sectores (como el de la agricultura o los servicios) e incluso del sistema educativo que fue testigo de su abandono por jóvenes que no terminaban su formación a cambio de la obtención de ingresos elevados por trabajos poco cualificados.

En este periodo, y como consecuencia de este proceso de producción y consumo, España es un país que necesita recursos financieros en gran escala y por tanto una de las economías más endeudadas con el exterior. El sistema financiero obtiene liquidez del exterior y es este sector el que

financia el crecimiento económico dado el escaso papel del ahorro en la economía española.

En resumen, podemos caracterizar el modo de crecimiento económico español de este periodo a través de varias características básicas: una fuerte demanda de las familias de bienes de consumo. El saldo de la balanza de pagos negativo por un gran déficit comercial y creciente endeudamiento exterior; un hipertrofiado sector de la construcción; una inflación diferencial con respecto a la eurozona pero con tipos de interés europeos; unas saneadas finanzas públicas; un nivel de empleo record (se superaron los veintidós millones de ocupados) y unas tasas de paro mínimas en la historia reciente. Por último, un sistema financiero desarrollado, internacionalizado y con un alto nivel de exposición al sector inmobiliario tanto en préstamos a familias como a empresas constructoras.

Mientras tanto, no se abordaban problemas estructurales de la economía española, como la dependencia energética, la pérdida de competitividad, el bajo nivel de gasto en I+D+i, el riesgo de segmentación del mercado nacional en mercados regionales, la ordenación del territorio, la financiación de los ayuntamientos o el creciente peso de la administración pública, que en estos años ha crecido de forma significativa como consecuencia del desarrollo del estado de las autonomías.

A partir de la segunda mitad de 2007 y 2008 la situación se deteriora rápidamente. Como hemos señalado anteriormente, la crisis financiera internacional se desata y en el caso español se suma a una crisis específica como consecuencia del estallido de la burbuja inmobiliaria. En cierto sentido se repite en España el caso de las hipotecas basura de Estados Unidos. El valor de los activos financieros (hipotecas) está respaldado por valores muy inferiores de los activos reales (viviendas). Dada

la magnitud de la concentración del negocio bancario en el mercado inmobiliario, el sistema en su conjunto entraría en una crisis sistémica de la que se salvarían los bancos con un tamaño internacional más diversificado pero que están expuestos a los vaivenes de la crisis financiera internacional. Más grave es el caso de los intermediarios financieros que han actuado a nivel más local y cuya concentración de riesgos ha sido más elevada en el terreno inmobiliario.

En otoño de 2008 la confianza en el sistema financiero está bajo mínimos, si bien las intervenciones coordinadas de los bancos centrales, el aumento de las garantías de los depositantes y las disponibilidades financieras a muy bajos tipos de interés frenan el colapso del sistema financiero por la crisis de liquidez. Sin embargo, la calidad de los activos se ha deteriorado y la escasez de disponibilidad de crédito cierra fuentes de financiación a empresas que hasta hacía poco tenían enormes facilidades de crédito. Este es el primer mecanismo de transmisión de la crisis financiera al sector real de la economía.

Ante la situación de crisis, las familias toman medidas preventivas: en primer lugar, retirada de depósitos de las entidades financieras; en segundo lugar, reducen sus pautas de consumo, ya que sienten que aumenta su exposición al riesgo del desempleo; en tercer lugar, opera el efecto pobreza (inverso al efecto riqueza, ya que el valor de sus activos inmobiliarios ya no crece sino que se reduce); por último, el deterioro del empleo hace que se empiece a ahorrar en vez de mantener el consumo. Como consecuencia de todo ello, el consumo de las familias, uno de los motores del crecimiento económico, se para.

Las empresas ven que, por un lado, la demanda de sus bienes y servicios cae y, por otro, la morosidad aumenta, a la

vez que los bancos no refinancian como hacían sólo unos meses antes. El deterioro de la situación financiera de las empresas provoca crisis y cierre de las más débiles, mientras que las más grandes empiezan a plantear EREs para ajustar la plantilla. En algunos sectores como en el de la construcción y sectores derivados la caída es drástica, como también en sectores del automóvil, el textil o el comercio.

El siguiente paso en la cadena de transmisión de la crisis es el del empleo. La caída de la actividad económica y la falta de expectativas de recuperación alimentan la destrucción de empleo y el desempleo crece de forma significativa. En primer lugar, el ajuste se realiza a través del grupo de trabajadores con contratos temporales y, fundamentalmente, afecta a los colectivos de jóvenes, mujeres e inmigrantes, así como a los empleados de los sectores en crisis, especialmente el de la construcción.

El proceso de destrucción de empleo es especialmente duro en los últimos meses de 2008 y primera mitad de 2009. Se alcanza la cifra de 4 millones de parados y la tasa de paro se acerca al 20% y se prolonga más suavizada a lo largo de los primeros meses de 2010 con relativamente malas perspectivas para la segunda parte del año.

Ante esta situación, el sector público interviene según unos principios de corte keynesiano que habían estado desacreditados desde los años setenta y que habían sido sustituidos por otros de corte neoclásicos y monetaristas, en lo que podríamos señalar como una paradójica aplicación de la máxima marxista (de Groucho no de Carlos) sobre los principios: “estos son mis principios, pero si no les gustan tengo otros”.

El resultado de las actuaciones del sector público ha sido un cierto freno en la caída del empleo (muy relacionado

con la duración de las ayudas a lo largo de 2008 y 2009) y un rápido deterioro de las finanzas públicas. En efecto, de un superávit en torno al 3% del PIB en 2007 pasamos a un déficit previsto en torno al 11% en 2009. Además se produjo un rápido aumento de la deuda pública desde el 30% al 60% y con tendencia a crecer en los próximos años.

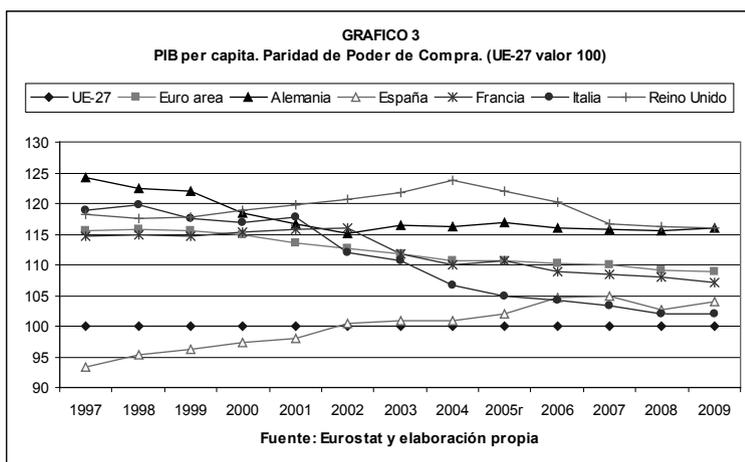
La economía española siguió en recesión a lo largo de 2008 y 2009 y la financiación del sector público español se deterioró rápidamente. Dadas las dificultades comunes a las que se enfrentaban las economías occidentales y las semejantes acciones de política fiscal que llevaron a cabo (bien a través de más gasto público o de reducción de impuestos), se produjo un generalizado abandono de las estrictas exigencias del Pacto de Estabilidad y Crecimiento que se había suscrito para la puesta en marcha del euro. Todo ello generó además una creciente competencia entre todos los países que también concurren al mercado de deuda de forma acelerada para captar los escasos recursos disponibles.

El rápido deterioro de las finanzas públicas en especial en los países del arco mediterráneo generó la aparición de un nuevo escenario de crisis de las economías-país a lo largo de los meses de abril mayo y junio de 2010. El estallido de la crisis griega y la tardía y tibia respuesta de apoyo europea (fundamentalmente francesa y alemana) dieron pie a la generación de una crisis de confianza en la economía griega que finalmente tuvo que ser rescatada y que se extendió a la economía portuguesa y también a la española. A lo largo del mes de abril y principios de mayo se puso en cuestión la capacidad de estos países de hacer frente a reajustes en las finanzas públicas, por lo que empezó a considerarse la posibilidad de que haría falta una intervención de rescate de estos países. Si la necesidad de financiación para Grecia

era muy grande, el peligro de que hubiera que ayudar a la economía española, la quinta economía europea, hizo temblar la confianza de los mercados lo que acabó traducándose en un aumento del riesgo-país, medido por la diferencia de rentabilidad entre la deuda a largo plazo española respecto a la alemana. Todos estos factores habían puesto a España en el foco de atención de las tormentas financieras de esos días, en la inestabilidad de las bolsas europeas, llegando a plantearse la posibilidad de que economías mediterráneas salieran del euro.

En plena crisis de confianza, la reunión del Ecofin del fin de semana del 7 al 9 de mayo de 2010 supuso la exigencia de adopción de un paquete de medidas de ajuste duro de la economía española. Estas medidas fueron presentadas en el Parlamento el 12 de mayo planteando un recorte del gasto público de 15.000 millones de euros para el año 2010 y otro de 20.000 para el año 2011. Significó un cambio de 180° en la política económica del gobierno y el fin de un proyecto de gasto social financiado a través de endeudamiento de los mercados. Para recuperar la confianza de los prestamistas habría que ofrecer garantías suficientes.

Al poner en primer lugar la contención del déficit público a través de una rápida contracción de la demanda agregada se ponía en evidencia que la recuperación económica se posponía en España con respecto a otros países de nuestro entorno y sobre todo respecto a los nuevos países emergentes.



Como consecuencia de todo ello, la posición relativa de los países europeos se debilita. En el caso de la economía española, se trunca la senda de convergencia hacia la media Europea que se había desarrollado de forma tendencial desde hacía cuatro décadas. En el Gráfico 3 se muestra la evolución del PIB *per capita* de la economía española en relación a la media de la UE-27. Como se observa, en los años de crecimiento económico la convergencia ha sido significativa, alcanzando y superando a Italia en 2006. La senda de crecimiento se ve truncada a partir de 2008 si bien la crisis de naturaleza internacional afecta a algunos países con mayor intensidad como Francia.

Una vez descrito de forma muy somera la crisis económica en términos internacionales y con más detenimiento en el caso de la economía española pasemos a continuación a detenernos en algunas reflexiones en torno al papel que ha jugado la ciencia económica en la crisis: hasta qué punto la economía sólo explica lo que ocurre en la actividad económica y sirve para enunciar el problema y hacerlo inteligible o bien

forma parte del problema económico y son sus principios y metodología de análisis responsables, al menos en parte, de la situación actual.

3. LA CRISIS ECONÓMICA Y LA ECONOMÍA MODERNA

El estudio de la Historia del Pensamiento Económico, como el de la Historia en general, por razones de organización pedagógica obliga a dividir el tiempo, cuya naturaleza es de una variable continua, en diversos periodos temporales utilizando acontecimientos o hitos históricos como elementos diferenciales entre el periodo anterior y el posterior. Se destacan las novedades, los cambios ocurridos o la diferente naturaleza de los hechos, los nuevos protagonistas, o la forma novedosa en la que se abordaron los problemas. De esta forma, que podría calificarse de arbitraria, se pueden utilizar estas coordenadas para ayudar a comprender y dar cierta lógica al desarrollo de los acontecimientos. Un de los elementos que más se han utilizado para abrir y cerrar estos periodos es el de la aparición de crisis económicas.

De esta forma operan los manuales de Historia en general y los de Historia del Pensamiento Económico en particular. Se señalan periodos históricos que tiene gran consenso: la época del pensamiento mercantilista, el periodo clásico, la época de revolución marginalista y de la economía neoclásica, y la época moderna, como por ejemplo hacen Landert y Colander (2006). Si nos centramos en la superación del periodo de economía neoclásica por el periodo de economía moderna estos autores señalan, siguiendo a Blaug (1992), que la economía neoclásica se transformó tanto en las décadas de 1940 y 1950 que alguien debería inventar un nombre totalmente nuevo para la economía ortodoxa del periodo

posterior a la Segunda Guerra Mundial. La economía moderna es más ecléctica y utiliza instrumentos técnicos que van más allá del cálculo marginalista. Para estos autores la economía moderna se caracteriza por la construcción de modelos casi de forma exclusiva, modelos de naturaleza matemática en contra de la recomendación de Alfred Marshall (1920), uno de los más importantes economistas neoclásicos.

No es posible indicar con exactitud la fecha del cambio de la economía neoclásica a la moderna, pues se realizó de forma gradual como consecuencia de diversos factores entre los que se pueden señalar el final de la explotación de los conceptos marginales (lo que ocurrió a finales de la década de los años treinta), la incorporación de las ideas de Keynes, y el desarrollo posterior de la economía Keynesiana en las décadas de los años cuarenta y cincuenta. Obviamente, a estos factores hay que añadir la repercusión de la crisis del 29, que hizo tambalear la confianza en la economía neoclásica y sus principios. La investigación de la vanguardia de los economistas pasó a una nueva fase en los años cincuenta en lo que Landreth y Colander caracterizan como una economía formalista y ecléctica y basada en la construcción de modelos. Naturalmente los cambios fueron más lentos entre la generalidad de los economistas y los libros de texto que los ocurridos en la “frontera de la ciencia económica”.

De forma semejante a lo ocurrido hace setenta años, ahora podemos atisbar algunos cambios que pueden ser elementos determinantes para la puesta de los que pueden ser los primeros pilares de la nueva época en el desarrollo de la economía. Uno de estos factores sería la caída del muro de Berlín y el colapso de las economías socialistas del este de Europa y la transición de los antiguos países comunistas hacia el modelo capitalista occidental. Con ello se da fin a un

modelo alternativo de organización de la economía lo que deja al sistema capitalista como organización económica triunfante y sin modelo alternativo operativo de referencia que acaba siendo adoptado por países de organización política de corte comunista como es el caso de China.

Tras la caída del sistema del socialismo real sigue un periodo de crecimiento económico sostenido que engloba los últimos años del siglo XX y la primera década del nuevo siglo en el que se internacionaliza la economía apareciendo el fenómeno de la globalización hasta el comienzo de las primeras señales de la crisis financiera y económica mundial. La crisis golpea al sistema económico de forma sustancial, generalizada y globalizada y se extiende por el globo de forma muy rápida generando lo que podría denominarse como pandemia de crisis económica de la que sólo algunos países podrían escapar por sus especiales características, como China o la India. Este fenómeno muestra un rasgo novedoso de la situación actual: frente a una profunda y dilatada crisis en occidente, los países emergentes muestran un dinamismo que rompe la tendencia de lo ocurrido en épocas anteriores en las que las crisis de los países occidentales arrastraban al resto del globo.

De forma paralela a lo ocurrido en los años treinta, la crisis económica ha provocado un profundo proceso de reflexión sobre el papel de economía en el estallido de la crisis económica. Casi inmediatamente han aparecido voces de destacados economistas sobre el papel de la economía y de su acervo de doctrinas, leyes, teorías, herramientas en el estallido de la crisis. La economía moderna se ha caracterizado, como se ha señalado, por la construcción de modelos y parece que los economistas han estado demasiado ocupados en esa tarea y han dejado de prestar atención a otras cuestiones sobre el funcionamiento de la economía general que son importantes

para el bienestar social. En este sentido, la cuestión es simple pero difícil de contestar: ¿qué tipo de ciencia es ésta que no ha sido capaz de predecir lo que pasaba? O, con mayor inquina, ¿no estamos pagando los excesos de una manera de proceder económica que ha tenido un aval por parte de una ciencia que prescribía actuaciones de política económica que nos han llevado a una situación de pérdida de empleo, rentas, ahorros, y en definitiva de confianza en el sistema económico? ¿no es esta situación resultado de un proceso de desregulación financiera, reducción del sector público empresarial, creciente intermediación financiera y de la innovación financiera que ha dado lugar a un estallido sin precedentes? ¿no son las doctrinas económicas y los economistas que las defienden los responsables últimos de esta situación? Y, en definitiva, ¿han actuado los economistas como científicos errados de buena fe o como abogados de parte que han defendido ideas y teorías que han beneficiado a algunos a corto plazo a costa de otros que van a ser los que finalmente paguen la factura de la crisis a través de pérdida de ahorros, mayores impuestos, menores ingresos, pérdida de empleo y en definitiva pérdida de estatus de seguridad y bienestar?

Una de las primeras respuestas sería que este tipo de preguntas están mal formuladas, ya que la economía moderna se ha desarrollado en un amplio sentido hacia una especialización cada vez más aguda de tal forma que se ha perdido la capacidad de análisis de conjunto, abandonando en cierto sentido el campo de la economía política, (*political economy*), más complejo y contaminado por cuestiones ideológicas y políticas, por el de la economía (*economics*), supuestamente exenta de esas contaminaciones tan enojosas.

Otra línea de respuesta sería que la economía ha respondido adecuadamente explicando de forma sustancial

lo ocurrido, y haciendo uso de los conocimientos que ha alcanzado a la largo de su desarrollo ha dado instrumentos de análisis apropiados para abordar la crisis y reducir el impacto de la crisis y poner las bases de la recuperación.

Estas respuestas no parecen dar satisfacción a muchos de los críticos y junto a algunos trabajos que pretenden explicar la crisis económica han aparecido análisis de la situación actual de la ciencia económica como elementos relacionados y que no pueden tratarse de forma independiente. Este es el caso de Skidelsky (2009), que dedica una parte importante de su trabajo a exponer su visión de la evolución de la economía en los últimos sesenta años.

Estas reflexiones nos llevan de forma inevitable a plantear algunas reflexiones en torno a lo que en la actualidad se considera la esencia del problema económico. El debate sobre la naturaleza de la economía tiene una larga tradición entre los académicos. Lo novedoso en esta ocasión ha sido que el debate se ha producido en ámbitos más abiertos a agentes no particularmente muy especializados pero que han estado interesados ya que se han visto afectados por la crisis como consecuencia de que los aspectos económicos ha ido ganando peso en la vida de las personas. Esto siempre ha sido así pero quizás en los últimos años se ha puesto de manifiesto de forma más evidente.

En este debate reciente, podríamos señalar a modo de ejemplo el artículo del premio Nobel de Economía de 2008 Paul Krugman, titulado de forma significativa y provocativa “Cómo pudieron equivocarse tanto los economistas”, publicado en *The New York Times* en plena crisis económica (Septiembre de 2009) y que ha tenido repercusión mundial dados el autor, el título y las circunstancias en las que aparece. En este artículo, Krugman señalaba de forma irónica que

tan sólo hacía pocos años, los economistas creían que tenían todo bajo control. Recoge las ideas de Oliver Blanchard, un destacado macroeconomista que trabaja en el FMI quien señalaba, en 2008 en un trabajo titulado “The State of Macro”, que se habían resuelto las numerosas disputas internas entre los economistas y que se había alcanzado una amplia convergencia de puntos de vista. También recoge las ideas de otro Premio Nobel de Economía, Robert Lucas, quien señalaba en 2003, en una alocución a la American Economic Association, que “el problema central de la prevención de la depresión está resuelto”. Las citas de estos dos reputados economistas relevantes de la economía moderna servían a Krugman de base para el título de su controvertido artículo. En el contexto de la economía moderna parecía que el problema del ciclo se había superado y que la macroeconomía se había convertido en un campo de análisis de las teorías del crecimiento (fundamentalmente en base a variables reales) y la teoría monetaria (en la que las teorías sobre independencia de los bancos centrales y la autonomía de la política monetaria se habían impuesto). Lejos quedaban las desviaciones keynesianas y la ortodoxia fiscal se imponía: reducción de déficit y deuda pública, desregulación de mercados e introducción de competencia y un gran desarrollo de la economía y los mercados financieros.

Quedaba la microeconomía fundamentalmente circunscrita a la construcción de modelos eclécticos y al estudio de modelos de equilibrio general, además de la incorporación al modelo básico de variables como la información o la calidad que no estaban incorporadas en los modelos neoclásicos básicos. Además, se desarrollaba el campo de la experimentación económica y el acercamiento a las teorías psicológicas de la satisfacción para completar las teorías del consumo.

Por su parte, la creciente legión de economistas académicos acuciados por la necesidad de publicar trabajos para poder prosperar en la carrera académica (expresado en el famoso aforismo inglés *publish or perish*) se centran en refinar modelos ya establecidos y su aplicación a casos específicos nacionales o regionales y sobre todo a la aplicación de modelos estadísticos y econométricos a través de los cada vez más generalizados paquetes informáticos a las bases de datos que estaban disponibles o pudieran obtenerse. El crecimiento del potencial de los ordenadores permite análisis estadísticos y manejo de una cantidad de datos e información inconcebible sólo hace unas décadas.

Naturalmente, mucho antes de la crisis se habían alzado voces de economistas señalando el camino equivocado por el que se desarrollaba la economía convencional. Entre los más críticos podemos citar a Paul Ormerod (1997), el cual señalaba la necesidad de cambio de la economía académica para recoger las nuevas necesidades de la economía. Otro terreno crítico relevante en el ámbito estricto de la metodología de la economía hacía referencia a la retórica de la economía, y en este sentido destacaba el análisis crítico de McCloskey (1993) sobre la capacidad predictiva de los modelos económicos. Estos trabajos completaban los análisis más convencionales de metodólogos de la economía como Mark Blaug (1992), que habían establecido el estándar científico de la economía a final del siglo XX. El debate sobre las relaciones entre la economía y la realidad se mantiene en estos años en torno al estatus científico de la economía del periodo moderno, como lo recoge Lawson (1997).

El estallido de la crisis económica y financiera pone de manifiesto lo acertado de algunas de las previsiones de los economistas. Se descubre que no sólo no se había acabado

con el ciclo económico sino que seguía vivo y gozaba de muy buena salud. A la hora de atajarlo se reclama la vieja fórmula de intervención estatal como elemento básico para salvar sectores estratégicos como el financiero pero también sectores industriales considerados esenciales. Además, la independencia de los Bancos Centrales no parece tanto como se presumía. Estos tienen que actuar de forma coordinada y hacerlo a la luz pública para devolver “confianza a los mercados” y apoyar medidas de rescate de entidades financieras y de los propios gobiernos nacionales aunque a regañadientes como en el caso de la crisis financiera griega. En definitiva, muchos de los fundamentos teóricos y de amplio consenso de la corriente principal de la economía moderna deben ser revisados. Este es el argumento último de Krugman: la crisis económica obliga a repensar de nuevo muchas cosas que se daban por seguras.

Asimismo, en un mundo globalizado, más interdependiente y más informado, en el que muchas familias tienen sus ahorros depositados en el sector financiero, la crisis afecta de manera muy evidente a más ciudadanos, tanto a los que pierden su empleo por la crisis, como a los que lo ven en peligro y a los que teniendo su trabajo seguro sufren pérdidas de sus ahorros por la crisis bursátil. Por ello, la puesta en cuestión de todo el sistema es más generalizada, pues hay más personas implicadas. Es por ello que la ciencia económica misma se ha puesto en evidencia y que la sociedad ha preguntado inquisitivamente a los economistas por la naturaleza y el estatus científico de su disciplina. Es por ello que esta cuestión está más a la vista ahora, pero como hemos dicho no es un fenómeno nuevo entre los académicos. Es algo semejante a lo que ocurrió tras la Crisis de 1929.

Y es que desde sus comienzos, la economía no ha gozado de un gran aprecio. La más citada de las frases de la economía

la escribió a finales del siglo XVIII el gran filósofo inglés Edmund Burke sólo algunos años después de la aparición de la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Burke afirmaba que “la edad de la Caballería ha pasado. Su lugar ha sido ocupado por la de los sofistas, economistas y calculadores; y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre” (en Velasco: 33)

Desde la afirmación de Burke han pasado doscientos años, en los que se designó a la economía como la ciencia lúgubre, de mal agüero, señalando peligros de crisis de demanda del tipo malthusiano, o la imposibilidad de un aumento salarial que evitase la miseria del proletariado de los tiempos de la Revolución Industrial (ley de bronce de los salarios), o la glorificación del comportamiento egoísta a través de la figura del *homo oeconomicus*. Si nos acercamos a la actualidad, el tono de desconfianza y crítica social hacia la economía se puede observar en el elevado número de chistes sobre los economistas que indican que existe sospecha sobre sus conocimientos (“un economista es el que ofrece explicaciones complicadas de lo obvio”), o sobre la incapacidad de convencer de los mismos (“un economista es alguien que no sabe de lo que habla y te hace pensar que tú no lo entiendes”) o sobre su capacidad predictiva (“el economista es el que predice perfectamente acontecimientos del pasado”) o en una frase atribuida a Woody Allen según la cuál la economía es el estudio del dinero y de la razón por la cual éste es bueno.

Más allá de la definición más ampliamente aceptada aportada por Lionel Robbins (1932), que define la economía como la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos, también hay definiciones más amables ya que la vida es muy dura y siempre habrá partidarios de la definición de la economía de George Bernard Shaw para quien esta

disciplina no es otra cosa que “el arte de sacarle a la vida el mayor partido posible” (Velasco: 77). Son precisamente los aspectos del bienestar y de la satisfacción de las necesidades así como los de desigualdad de rentas los que parecen en un segundo plano en el desarrollo de la economía moderna, que en su superación de la fase neoclásica anterior ha olvidado en cierta medida las enseñanzas del más destacado economista neoclásico Alfred Marshall (1920), en el sentido de que la economía debería estar más relacionada con el logro y el uso de los requisitos materiales del bienestar.

Hay pocas dudas de que la economía es una ciencia con un objeto de estudio y un método científico de investigación propio de las ciencias sociales. Este ha sido quizás uno de los aspectos más destacados en los que se ha profundizado en el periodo moderno, acentuándose las características de ciencia abstracta frente a otra opción de ciencia unificada que abarcase otros campos de las ciencias sociales.

Así, el periodo de desarrollo de la economía moderna se ha caracterizado por un creciente uso de las matemáticas y de los análisis empíricos, especialmente de índole microeconométrica. El uso de las matemáticas como lenguaje es una de las características más evidentes de la economía moderna. En este sentido también se ha abandonado la recomendación de Marshall sobre el uso de las mismas, ahondando de esta manera la distancia con el periodo de la economía neoclásica. El lenguaje matemático es el lenguaje de la ciencia y en tanto la economía moderna ha pretendido ser aceptada como ciencia se ha ido vistiendo con los ropajes de la ciencia, fundamentalmente de la Física, la Ciencia por antonomasia.

Es indudable que las matemáticas son necesarias y han contribuido a que la economía haya adquirido un firme

apoyo científico y es evidente que los economistas necesitan una sólida formación en este campo. Sin embargo, el exceso siempre es perjudicial y si bien muchos economistas son buenos economistas, como Samuelson, Leontief o Modigliani, hay también un largo elenco de economistas que no necesitaron las matemáticas complejas para hacer grandes aportaciones a la ciencia económica como Marshall, Keynes, Hayeck o Schumpeter. En este sentido, el propio Leontief se ha manifestado preocupado por la deriva de los Departamentos de Economía a finales del siglo XX señalando que “los departamentos de Ciencias Económicas están preparando a una generación de eruditos estúpidos, genios de las matemáticas esotéricas, pero verdaderos niños en materia económica” (en Velasco: 43).

Como señalan González y Gil (2000), el inconveniente principal del uso de las matemáticas en la economía está en el empeño de muchos economistas teóricos en resolver sus problemas a base de antiguos principios matemáticos que se desarrollaron paralelamente en las ciencias físicas o de comportamientos estáticos y mucho de los cuáles sirvieron en un momento dado para resolver problemas concretos de estas últimas. Sus hipótesis son a veces demasiado limitadas y concretas para explicar determinados comportamientos humanos. Una dificultad de la economía ha sido el riesgo que se ha corrido en el uso de las matemáticas clásicas aplicadas al análisis de un sistema muy complejo y que cambia constantemente. La colaboración entre economistas y matemáticos ha contribuido a que el enfoque matemático tenga una presencia significativa y reconocida en la práctica totalidad de los ámbitos de la economía (González y Gil: 42)

Además de la profundización en la elaboración de modelos matemáticos que ha caracterizado la economía

moderna, otro elemento significativo ha sido el uso de técnicas econométricas a partir de paquetes informáticos cada vez más potentes que se han desarrollado en paralelo con el desarrollo y popularización de los equipos informáticos. Las esperanzas en la nueva rama de la economía que constituyó el nacimiento y desarrollo de la econometría sin embargo fueron relativamente pronto reducidas. Así lo expresa uno de los más importantes economistas del periodo moderno Paul Samuelson, quien señala que “cuando tenía veinte años tenía gran esperanza en los métodos econométricos que se estaban desarrollando..., que podríamos someter a prueba y rechazar las teorías falsas. Podríamos inferir teorías nuevas y buenas... Tal expectativa no se ha hecho realidad. A partir de varios millares de series cronológicas mensuales y trimestrales, que cubren las últimas décadas o incluso los últimos siglos, se ha descubierto que no es posible llegar a una aproximación estrecha a una verdad indiscutible. Yo jamás menosprecio los estudios econométricos, pero he aprendido, a través de una triste experiencia, a tomármelos con bastante calma. Se necesita un estudio econométrico para calibrar otro; el pensamiento apriorístico no sirve. Pero objetivamente, parece que no acumula un cuerpo convergente de hallazgos econométricos, convergentes con una verdad comprobable”. (Samuelson: 281-282).

La presencia y el análisis de los datos en los modelos ha ido dando un carácter cada vez más empírico a la economía moderna. Se unen así dos tendencias características en la economía moderna, la construcción de modelos de carácter matemático y la aplicación de modelos a datos empíricos. La confluencia de ambas fuerzas ha generado un debate en torno a la verdadera naturaleza empírica de la economía. Uno de los economistas que se ha planteado esta cuestión

ha sido Alexander Rosenberg (1992), que se ha preguntado por el estatus de la economía como ciencia empírica para acabar señalando que la persistencia de los economistas en continuar con la aproximación extrema e intencionada que ha sido convencional durante más de un siglo sugiere que nada podría hacerlos abandonar. En cualquier caso, nada que haría a los científicos empíricos abandonar una teoría haría a los economistas abandonar su estrategia teórica. La no disponibilidad de rendir esta convicción lleva a la conclusión de que la economía no es una ciencia empírica. Por tanto, se pregunta Rosenberg, si la economía no es una ciencia empírica entonces ¿qué es? Rosenberg (1992: 236) considera que hay razones para pensar que la teoría económica es una rama de la filosofía política, lo que sería una buena razón para explicar el aislamiento de los datos empíricos y su indiferencia a los mismos. Pero también podría considerarse que la teoría macroeconómica se puede comprender mejor como una rama de la matemática aplicada. Por ello, concluye que esta concepción de la economía da a los economistas más crédito que otras posibles alternativas. Para explicar su debilidad empírica, por ejemplo, no describe la teoría económica como una simple racionalización ideológica del capitalismo burgués, y hace honor a la gran cantidad de genio dedicado al desarrollo de esta teoría. Esta explicación no estigmatiza los métodos de los economistas como conceptualmente confusos o errados (Rosenberg: 247).

Para otros economistas como Mirowski (1989) el desarrollo de la economía como ciencia social se comprende mejor si se observa la evolución de la física teórica. El desarrollo de la economía neoclásica está muy ligado al de la física del siglo XIX, pero el desarrollo posterior de la física no ha sido seguido por la economía que se ha convertido en un campo

más bien conservador en los aspectos formales de su análisis. El camino iniciado de esta manera va poniendo más énfasis en los aspectos de técnica matemática y el creciente alejamiento de otros enfoques filosóficos o interdisciplinarios.

El desarrollo de la economía moderna superó al de la economía neoclásica. Sin embargo, la situación actual presenta una situación semejante a la que ocurrió entonces. Como señalan dos destacados economistas especialistas en Historia del Pensamiento Económico, Heilbroner y Milberg (1995), la economía se enfrenta a una crisis de visión, a una crisis de perspectiva. El reto al que se enfrenta es que la economía debe conjugar las perspectivas del análisis psicológico, antropológico y político con el conocimiento preciso de las ciencias físicas. Ambos economistas abogaban hacia una reorientación de la economía que señalaban improbable cuando publicaron su libro, pero que en la actualidad parece más evidente ya que el descontento con el estado actual de la teoría económica ha crecido. Para ello, señalaban dos requisitos esenciales, por un lado el abandono del concepto de ley natural de la economía y su sustitución por un indiscutible nexo con la estructura social subyacente y en segundo lugar la reorientación de la teoría económica de la predicción hacia el asesoramiento en política económica (Heilbroner y Milberg: 128).

Parece evidente que a estas alturas podemos señalar que hay un amplio descontento con el desarrollo de la economía convencional y que nos encontramos en un momento en el que se puede hablar de una crisis de la economía moderna. Pero, ¿cuáles serían los rasgos a desarrollar por la nueva economía postmoderna? En el siguiente epígrafe vamos a exponer algunos de los rasgos básicos que pueden caracterizar esta nueva fase de la economía.

4. HACIA UNA ECONOMIA POSTMODERNA

Al igual que la economía moderna superó a la economía neoclásica en los años cuarenta, en la actualidad podemos encontrarnos en un periodo de cambio de la economía moderna a la postmoderna a través de tres vías fundamentales. En primer lugar, la profundización de algunos rasgos diferenciales que van haciendo mayor la diferencia con las investigaciones pasadas. En segundo lugar, el agotamiento de los modelos convencionales que han llegado al límite de su desarrollo. Por último la aparición de nuevos retos o la reaparición de problemas que se suponían superados. En las últimas décadas podemos encontrar estos tres rasgos, en mayor o menor medida, en el desarrollo económico contemporáneo.

La economía como ciencia nace en el siglo XVIII, siglo de la razón y se desarrolla en la época moderna. A finales del siglo XX la concepción del mundo moderno está en crisis y aparecen nuevas características de las relaciones sociales, políticas y económicas que pueden denominarse como postmodernas. La definición de la postmodernidad es muy difícil, en primer lugar, porque falta perspectiva histórica y sobre todo por la propia naturaleza del mundo postmoderno donde falta una jerarquía, un orden o unidad; en definitiva estamos en un mundo donde impera el desorden y el policentrismo. El enfoque postmoderno ha tenido un desarrollo de muy diversa fortuna en distintos ámbitos científicos y de pensamiento. En el ámbito de las artes, la postmodernidad ha tenido un gran desarrollo. En el campo de la filosofía se ha desarrollado más débilmente. En el ámbito de la historia, la política y en general de las ciencias sociales, el concepto se ha desarrollado en relación a una sociedad que evoluciona hacia una nueva fase

caracterizada por una modernidad tardía, una modernidad líquida o el desarrollo de una sociedad de riesgo global.

En este contexto, la globalización es quizás el rasgo diferencial que marca una clara distinción entre el mundo moderno y el postmoderno. La caída del muro de Berlín y el fin del mundo bipolar basado en dos superpotencias abre un nuevo escenario en el que la multipolaridad es el rasgo más característico. El comercio internacional y los flujos de capital, de mercancías y de conocimientos e información, cambian sustancialmente los modos de producción y consumo. Irrumpen en el concierto mundial nuevos actores como China, India o Brasil, mientras que otras áreas geográficas, hegemónicas en el pasado, pierden protagonismo y se reinterpretan de forma que las antiguas potencias europeas tienen que construir un espacio económico y político común para mantener su importancia en un mundo que ha cambiado de dimensión

La profundidad del cambio económico ocurrido en apenas un siglo es enorme. Antes de la Primera Guerra Mundial, la producción y el comercio internacional estaban mayoritariamente en manos de los países de Europa. Poseían enormes colonias que dominaban prácticamente toda África, gran parte de Asia, y Oceanía³. A comienzos del siglo XXI el peso económico del planeta se ha desplazado al Este, y el Pacífico se atisba como el nuevo escenario económico y político principal del planeta. El peso económico, demográfico, social y político de los países europeos se ha reducido enormemente y sólo la construcción de la Unión Europea parece otorgar

3) En 1900 de una población estimada en torno a mil seiscientos millones de habitantes, la población europea sumaba unos cuatrocientos millones y la de los imperios europeos otros quinientos millones. En esa época, Europa producía en torno al 70% de toda la producción industrial del mundo, el comercio europeo representaba el 60% del comercio mundial y el 90% del total de las inversiones extranjeras en el mundo. (Fusi: 847)

un papel relevante en esta parte del globo en el siglo XXI. Por el contrario, China, India y otros países asiáticos así como Brasil y Rusia, aparecen como nuevas potencias económicas y políticas. Estos cambios afectarán de forma relevante a las relaciones económicas del nuevo siglo. La globalización significa un cambio de protagonistas en el teatro económico del futuro inmediato.

Desde este punto de vista, los cambios son muy significativos. Se ha pasado de una economía basada en la producción a una economía de consumo donde los valores añadidos no están en la manufactura sino en el diseño o los intangibles. Se han deslocalizado los centros de producción y por tanto ya no son viables los modelos de economías cerradas en los que la renta de los factores generaba los ingresos de los agentes económicos. Estos, a su vez, determinaban la demanda final puesto que el consumo se produce en unos lugares y los ingresos para pagar factores productivos en otros, de tal manera que los países productores, que son los que generan ingresos prestan a los países consumidores para que éstos mantengan su nivel de demanda agregada, provocando un flujo financiero de cada vez más importancia y una complejidad creciente en los instrumentos financieros utilizados. Los mercados financieros son internacionales y de tamaño creciente. La innovación financiera y la necesidad de capital interconecta los centros de producción y consumo, de oferta y demanda de recursos financieros y si aparece un problema financiero en algún lugar del mundo, se extiende rápidamente al resto por esta interconexión que llamamos globalización. Los reguladores nacionales son superados por la complejidad y la magnitud de los recursos movilizados. Se hace necesaria una coordinación internacional que se ha echado en falta en la actual crisis.

En este contexto, dado el tamaño del mercado de bienes y servicios y de los mercados financieros, la seguridad es uno de los valores que se va perdiendo. El riesgo está cada vez más presente en las relaciones sociales, económicas y también políticas. De esta forma nace y crece la sociedad de riesgo global. Situaciones que antes eran seguras ya no lo son. Los estados pierden autonomía y se empieza a hablar de la deuda soberana en términos de riesgo-país. Un concepto aplicado a los activos financieros derivados de empresas particulares se aplica ya a la deuda soberana emitida por países, para indicar la estimación que realizan los mercados de la posibilidad de quiebra financiera de los países.

Los estados nacionales se han vuelto pequeños en relación a los mercados de bienes y servicios y, sobre todo, en relación a los mercados financieros surgidos con la globalización. Nos encontramos cada día más inmersos en lo que Beck (2006) ha dado en llamar la sociedad del riesgo global, que no sólo afecta a las instituciones ya sean empresas privadas o los propios estados, sino a las personas y a sus relaciones sociales y económicas.

En el campo concreto de las relaciones económicas, las personas experimentan riesgos crecientes en su vida laboral. El empleo que antes era seguro, ya no lo es. Se sustituye el concepto sólido de *derecho al trabajo* y el objetivo de disponer de un *empleo de por vida* que garantice un nivel de renta y por tanto de satisfacción de necesidades, por el concepto mucho más etéreo de *empleabilidad*, los contratos de trabajo se precarizan y se contemplan como contratos de seguro. Las políticas públicas nacionales tienden a ser coordinadas o tuteladas por organismos supranacionales que generan una soberanía nacional limitada. Para protegerse de estos fenómenos de riesgo algunas comunidades o grupos de interés

crean barreras para proteger sus intereses y en definitiva su estatus. En una curiosa simetría se acentúa, por un lado, la coordinación internacional para ganar estabilidad en mercados cada vez más grandes y por otro el énfasis local y regional pensando que quitando lastre de otras comunidades menos desarrolladas, las unidades más pequeñas, al ser más ágiles, pueden sobrevivir mejor en este mundo y garantizar mayores grados de bienestar a sus miembros.

Estos cambios no están siendo asimilados por el programa de investigación de la ciencia económica de manera evidente. Sin embargo, podemos encontrar en los temas abordados y en la metodología con que se lleva a cabo la investigación científica algunos rasgos postmodernos. Desde el punto de vista de los temas de análisis, una vez que los fundamentos de la economía, y fundamentalmente de la microeconomía, están establecidos, se encuentra un amplio consenso sobre su aplicación. La investigación se desarrolla a través de la aplicación de modelos econométricos a datos que dan lugar a resultados que deben ser posteriormente verificados y falsados. El descreimiento en los principios y la actuación según los métodos adoptados por la comunidad científica son los criterios básicos de actuación de muchos jóvenes investigadores cuyo principal objetivo es la carrera académica según los estándares solicitados por la comunidad siguiendo un mecanismo claro de diseño de incentivo.

Uno de los campos de la economía en los que está más presente el creciente riesgo es el de la economía del bienestar y, más concretamente, el de la economía laboral. En estos campos aparecen nuevos conceptos como el de *flexiguridad* o de Mercados Transicionales, que tienen evidentes implicaciones de mayor riesgo e incertidumbre en un campo

especialmente sensible para la sociedad como es el de las relaciones laborales.

Una de los efectos de la crisis económica ha sido el de poner en cuestión la sostenibilidad del estado de bienestar europeo. Las crecientes dificultades financieras de los estados que exigen recortes en los déficits y la deuda pública por un lado, y por otro la creciente demanda de recursos derivados del aumento de perceptores por cuestiones demográficas (pensionistas, usuarios del servicio sanitario) o por caída de la actividad económica (desempleados), hace que sea necesario afrontar la reforma del Estado de Bienestar. Una de las líneas de actuación es a través de la incorporación de estrategias de *flexiguridad* en las economías europeas, de tal forma que se pueda conciliar la seguridad para los trabajadores con las ganancias de flexibilidad para las empresas. Se pretende mantener los objetivos de la economía en términos de la satisfacción de las necesidades de las personas y productividad económica que contribuya a la sostenibilidad del sistema.

Uno de los mecanismos para conseguir esta flexiguridad es el de los Mercados de Trabajo Transicionales (MTT) que pueden concebirse como instituciones de gestión de riesgo. Se parte de la idea de que el pleno empleo, en el sentido de empleo remunerado continuo para todos, en relaciones de empleo asalariadas a tiempo completo no es sólo cada vez menos posible sino cada vez menos deseable. (Schmid y Schömann, 2006).

Los MTT prevén la institucionalización de “puentes de empleo”, que pretenden facilitar las transiciones entre relaciones de empleo variables cuando cambian las circunstancias a lo largo del curso vital y facilitarlas de manera que se mantenga la empleabilidad y se salvaguarde la protección social. Si el sistema funciona, las transiciones en los mercados serán más flexibles,

el crecimiento económico será más intensivo en empleo y los grandes riesgos de renta relacionados con las transiciones estarán cubiertos. La gestión de los riesgos sociales por medio de los MTT pueden concebirse como un mecanismo para combinar flexibilidad y seguridad.

Un nuevo entorno económico se desarrolla a partir de final del siglo XX. Podemos observar nuevos rasgos en la crisis económica, en su estallido, su propagación, la velocidad de contagio, el número de contagiados y la gravedad de sus consecuencias. Puede que esta nueva coyuntura económica de lugar que se vayan acentuando rasgos que se habían puesto de manifiesto anteriormente pero que ahora aparecen con un peso mucho mayor. Por supuesto que las relaciones económicas internacionales tienen una larga historia, pero nunca habían alcanzado la magnitud ni la rapidez de ahora, Quizás estemos ante un fenómeno en el campo económico, que es evidente en otras áreas científicas como la física, según el cuál los cambios cuantitativos generan cambios cualitativos.

Pero además de cambios en el entorno económico, hay una serie de aspectos que la economía debe tener en cuenta y adaptarse para mejorar su estatus. Desde el punto de vista técnico, los problemas para aplicar criterios de racionalidad de la economía neoclásica a la determinación de los gustos, y el papel de la formación y cambio de las preferencias sociales e individuales, exigen la apertura de este campo a enfoques más interdisciplinarios como en el socioeconómico en los que se dan cabida a otros puntos de vista relevantes para comprender el desarrollo del sistema económico.

El papel de los valores éticos en el estallido de la crisis económica es también otro factor a tener en cuenta y cómo la ciencia económica no parece haber sido capaz de incorporar estos factores como elemento importante a la hora de construir

modelos sobre comportamientos económicos. La obsesión con la obtención de beneficios, (aunque se niegue por pudor a confesar en público, como proponen los modelos económicos tradicionales de comportamiento empresarial) es uno de los motores del capitalismo. Este objetivo medido en términos de corto plazo es un factor determinante a la hora de explicar algunos de los comportamientos de agentes del sistema financiero que están detrás del estallido de la crisis actual. La reivindicación de un papel para la ética y la justicia social parece un elemento esencial de la economía postmoderna, en el sentido de que los valores éticos afectan a los resultados sociales y económicos como ha puesto de manifiesto el premio Nobel de economía del año 2000 Amartya Sen, cuando se pregunta si la maximización de la utilidad es un buen enfoque para abordar y solucionar el problema de la pobreza (Sen, 1999).

El aspecto ético de la economía postmoderna debe ser abordado de forma más global ya que las estrategias de salida de la crisis de algunos países en desarrollo es aprovechar las ganancias de competitividad derivadas de unos costes laborales más bajos y unas condiciones laborales más duras. En efecto, uno de los elementos característicos de la globalización es la ganancia de competitividad por reducción de costes propios de economías emergentes que pueden aplicar prácticas del llamado *dumping social*. La competitividad así ganada puede hacer mella en los procesos de producción y devaluar niveles de bienestar que son característicos del modelo europeo. La sostenibilidad de este modelo está sin duda ganada a los niveles de productividad y competitividad que tienen que mantener economías desarrolladas en un mundo más interconectado.

Es evidente que la economía evoluciona al igual que lo hace el conjunto de la sociedad. La historia económica nos

enseña que el sistema económico supera cada crisis si bien muestra características diferentes a las que presentaba antes de su estallido. Cuando comenzó la crisis actual, se planteó que lo que estaba en tela de juicio era el propio sistema económico y que se debería aprovechar para refundar el capitalismo. Se culpaban de la situación de crisis económica y de empleo a las instituciones y al sistema financiero en su conjunto. Estas primeras voces se han ido silenciando pero no habría que olvidar que la necesidad de regular los mercados financieros es esencial para dotar de estabilidad al sistema. Además, los principios básicos de política económica de los años ochenta y noventa, llevados a su última expresión en los primeros años del nuevo siglo están en el origen último de una crisis económica de una profundidad, generalidad y duración que nos obliga a mirar a la situación de los años treinta para encontrar un parangón.

5. REFLEXIONES FINALES

El estallido de la crisis financiera y económica a partir de la segunda mitad de 2007 y de 2008 ha puesto en evidencia una nueva realidad económica. La magnitud de la crisis es profunda, se ha expandido con gran rapidez a todas las partes del globo y afecta a múltiples sectores económicos. Ha puesto en serios problemas al sistema financiero internacional y ha obligado a la intervención pública en economía como no se había visto en mucho tiempo. Ha puesto en tela de juicio las teorías económicas que han explicado el desarrollo económico y no han sido capaces de predecir lo que ha ocurrido, generando una sensación de descrédito en los que tienen que ayudar a salir de la crisis (algunos de los cuáles son los mismos que la han provocado). La crisis ha impactado de forma muy seria en los niveles de empleo y paro en los países occidentales y ha

venido a poner en evidencia que la construcción de la que más orgullosos se muestran los europeos, su Estado de Bienestar, está en peligro y necesita reformarse ya que los propios países están en riesgo. Por otra parte, se está acelerando el trasvase del peso económico del hemisferio occidental hacia el Pacífico y son las economías emergentes de Asia las que están ganando peso en el concierto económico, político y social mundial.

El efecto de todo ello es que en algunos países europeos se ha producido una concienciación de que la globalización ha generado un mayor nivel de riesgo que tiene que ser aceptado por las personas que experimentan trayectorias vitales más inseguras en sus vidas que hasta ahora.

Estos cambios sociales afectan de forma evidente a las relaciones económicas, de tal forma que la actividad económica puede hacer evolucionar la forma en la que se concibe la propia economía. La ciencia económica lleva varios años en una situación de conflicto entre el quehacer de los economistas y las exigencias del sistema. Los valores éticos también hay que considerarlos a la hora de llevar a cabo un análisis económico nuevo en el que la determinación de las preferencias de los agentes también sean consideradas.

En lo que respecta a la evolución de la ciencia económica, la historia del pensamiento económico muestra que la economía avanza y se extiende a lo largo del tiempo influenciada siempre por las circunstancias del propio desarrollo del sistema económico. La crisis del 29 marcó un hito importante en el devenir de la economía de tal forma que a partir de los años cuarenta, la economía neoclásica da paso al periodo de la economía moderna. La ciencia económica avanzó en el camino de la especialización, la construcción de modelos, el lenguaje formal matemático y el desarrollo del análisis econométrico. El consenso macroeconómico se estableció a partir de los años

ochenta en torno a la economía de la oferta declarando el fin del keynesianismo y la preeminencia de la teoría del crecimiento sobre la teoría de los ciclos que se creyeron finalmente extintos en el brillante desarrollo económico que caracteriza los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI.

Sin embargo, el estallido de la crisis ha obligado a replantear algunas ideas preconcebidas y dadas por ciertas. La propia economía está en una disyuntiva y exige su reflexión en torno a los principios básicos del individualismo metodológico, los aspectos de ética relativos al diseño de incentivos para conseguir resultados más eficientes a medio y largo plazo, así como sobre la necesidad de incorporar otros enfoques de ciencias sociales para comprender los fenómenos ocurridos y evitar, en la medida de lo posible, que las consecuencias de la crisis sean demasiado elevadas.

En todo caso, todavía está lejos que la economía alcance un estatus de ciencia respetable y consolidada como pedía Keynes en su trabajo sobre las posibilidades económicas de las futuras generaciones y que se escribió en un entorno de crisis como el actual: “La economía debe ser una cuestión reservada a los especialistas, como la odontología. ¡Sería estupendo que los economistas lograran que se les consideraran personas modestas y competentes como los odontólogos!” (Keynes: 333).

OBRAS CITADAS

- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- Blanchard, Olivier J. (2008). "The State of Macro". *Working Paper 14259. NBER Working Paper Series National Bureau of Economic Research*. August 2008.
- Blaug, Mark (1992). *The methodology of Economics. Or how economists explain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- De la Dehesa, Guillermo (2009). *La primera gran crisis financiera del siglo XXI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Friedman, Milton y Schwartz, Anna Jacobson (1963). *A monetary history of the United States, 1867-1960*. Princeton: Princeton University Press.
- Fusi, Juan Pablo (2007). "La crisis de Europa" en Miguel Artola (dir.). *Historia de Europa*. Vol 2: 847-911. Madrid: Espasa.
- Galbraith, John. K. (2008, p. ed. 1954). *El Crash de 1929*. Barcelona: Ariel.
- González, Concepción y Gil, Candelaria (2000). *El lenguaje de la Ciencia Económica*. Madrid: RA-MA Editorial.
- Heilbroner, Robert y Milberg, William (1995). *The crisis of Vision in Modern Economic Thought*. New York: Cambridge University Press.
- Keynes, John Maynard (1988, p.ed. 1930). "Las posibilidades económicas de nuestros nietos" en Keynes, J.M. *Ensayos de persuasión*. Barcelona: Ed Crítica: 323-333.
- Kindelberger, Charles (1992). *Manías pánicos y crisis financieras*. Barcelona: Ariel.

- Krugman, Paul (2009). *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*. Ed. Crítica. Madrid.
- (2009b). “How did economists get it so wrong?”. *The New York Times* (6 de Septiembre de 2009).
- Landreth, Harry. y Colander, David, (2006). *Historia del Pensamiento Económico*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Lawson, Tony (1997). *Economics and Reality*. Londres: Routledge.
- Marshall, Alfred (2005, p. ed. 1920). *Principios de Economía*. Fundación ICO. 2005. Madrid.
- McCloskey, D. (1993). *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mirowski, Philip (1989). *More heat than light. Economics as Social Physics, Physics as Nature 's Economics*. New York: Cambridge University Press.
- Ormerod, Paul (1997). *The Death of Economics*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- Robbins, Lionel (1994, p. ed. 1932). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Rosenberg, Alexander (1992). *Economics: mathematical politics or science of diminishing returns?* Chicago: The University of Chicago Press.
- Samuelson, Paul Anthony (1992). “Mi filosofía de la vida: credos políticos y métodos de trabajo”, en Szenberg, Michael *Grandes economistas de hoy*. Madrid: Debate: 273-286.
- Schmid, Günther y Schömann, Klaus (2006). “El concepto de Mercados de Trabajo Transicionales y algunas conclusiones para la política de empleo: el estado de la cuestión” en Toharia, Luis (compilador) *Los Mercados de*

- Trabajo Transicionales*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Sen, Amartya (1999). "The possibility of Social Choice". *American Economic Review*, vol 89, (3): 349-378.
- Skideslsky, Robert (2009). *El regreso de Keynes*. Madrid: Crítica.
- Soros, George (2009). *El nuevo paradigma de los mercados financieros. Para entender la crisis económica actual*. Madrid: Taurus.
- Stiglitz, Joseph (2010). *Caída libre: Estados Unidos, el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Madrid: Ed Taurus.
- Szenberg, Michael (1992). *Grandes economistas de hoy*. Madrid: Debate.
- Torres, Juan y Garzón, Alberto (2009). *La crisis financiera, guía para entenderla y explicarla*. ATTAC-España.
- Tugores, Juan (2009). *El lado oscuro de la Economía*. Barcelona: Gestión 2000.
- Velasco, Roberto (1996). *Los economistas en su laberinto*. Madrid: Taurus.
- Woodward, Bob (2004). *Greenspan. Wall Street y la economía mundial*. Barcelona: Ed Peninsula.